

## XXI

Apenas articulé estas palabras decisivas, cuando se me figuró que las había pronunciado otro, una persona desconocida que estaba allí, dentro de mí, agazapada en lo profundo de mi ser, pero que no era yo mismo, sino más bien mi antagonista, un espíritu hostil, alguien que procuraba mi daño y mi muerte. ¡Arrechucho de incalculables consecuencias! ¡Repentón sentimental, de que nunca me hubiese creído capaz á sangre fría, en mi sano juicio! Acababa de dirigir á una mujer casadera una proposición de matrimonio en regla, con toda formalidad; acababa de tender voluntariamente el cuello al yugo, y de trazar la línea de mi porvenir con una sola frase, prólogo de la más grave é irrevocable determinación que adopta en su vida el hombre.

Mas no medió tiempo mi vencedora para analizar el susto que me aturdió. Al oír mi proposición, permaneció silenciosa, como si reflexiona-

se; sus reflexiones—si las fueron—, durarían un minuto escasamente. Rehecha ya de la sorpresa, que no debió de ser floja, me miró con una mezcla extraña de satisfacción y recelo; sin duda— así me lo sugirió la vanidad masculina—la abrumaba el peso de tanto bien, y no lo creía posible ni verosímil. Sinceramente juzgaba yo que el haber ofrecido á Feíta mi mano era rasgo de estupenda magnanimidad, y que cuanta gratitud tuviese disponible la muchacha sería poca para estimar y pagar mi generoso arranque. Provenía esta opinión de mi concepto de que el hombre que se decide á casarse, dispensa señalado favor á la mujer elegida y realiza un acto de heroica abnegación, resolviéndose á una existencia de trabajos y sacrificios. Era mi celibatismo, era mi inveterado miedo á *la gran locura* lo que en aquel instante predominaba en mí, encogiéndome de pavor el alma.

Al cabo, Feíta abrió la boca, y fué para decir, con afectuosa apacibilidad:

—Gracias, Pareja; en tal ocasión, el ofrecerme la blanca manita es una prueba de amistad y de simpatía ¡de las mayores! Se conoce que tiene usted un corazón noble, y que, aparentando ser un solterón muy duro de pelar, en realidad es usted extremadamente bondadoso, y capaz de jugarse, en un momento dado, su tranquilidad, por seguir el impulso de un sentimiento compasivo... Esto me demuestra que no me había equivocado al creerle á usted mi mejor amigo... la única persona que sin propósitos infames entró en nuestra pobre casa. Le

aseguro que este momento es señalado para mí, y que después de tantos días como llevo de tragar quina y de pasar berrinches, ahora de pronto me parece que se me ha aligerado el corazón. Como que—añadió dirigiéndome una sonrisa de celestial dulzura—hasta me late fuerte... hasta me he puesto temblona. ¿Qué quiere usted, amiguito? No es una de estuco, y la primera vez que la piden en matrimonio, la cosa hace su efecto... ¡Al fin es una demostración de aprecio muy grande! La más grande que, hoy por hoy y según están las cosas, puede un hombre dar á una mujer de su misma esfera, sobre todo si la mujer es tan *mal partido* como yo... Vengan esos cinco, Pareja; tengo ganas de apretárselos.

Me apoderé ávidamente de la mano desnuda que me tendía la singular muchacha, y al apasionarla entre las mías y experimentar ese choque eléctrico que determina el roce de la palma de la persona querida, conocí por primera vez que no era mi ilusión tan espiritual como había imaginado. En esto del análisis amoroso siempre nos aguardan sorpresas, porque no hay instrumentos para pesar y aislar los sentimientos y las sensaciones.

—De modo—exclamé turbado y haciendo esfuerzos para ocultar la índole de mi alteración—que ya es mía esta rica manita. ¿Mía para siempre? ¿Me la entregan?

Prontamente, de un modo casi violento, Feíta retiró su diestra, y dijo sin afectación de desdén, pero en tono muy categórico:

—Eso no.

Casi arrepentido cinco minutos antes de mi proposición matrimonial, al rechazarla Feíta parecióme que toda la felicidad á que yo podía aspirar en el mundo se desvanecía y disipaba al eco de aquellas palabras concisas y durísimas. Un frío mortal cayó sobre mi alma, y como si en el orbe no existiese otra mujer sino Feíta, me vi de repente solo, eternamente solo, y aquella imagen de la soledad, que antaño me parecía halagadora, en tal instante me horripiló, pues la idea de tener por compañera á Feíta había cristalizado ya, sin que yo mismo lo notase, en lo más hondo de mi espíritu, allí donde radican y perseveran las ilusiones invencibles, las ilusiones amadas, las que tienen el bello color de la esperanza y el ardiente color del deseo.

—¿Que no acepta usted?—exclamé dolorido y asombrado—. ¿Que no quiere usted aceptar? ¿Me desaira usted, Feíta..., desaira usted al amigo, al único leal, al que la hizo á usted justicia y la comprendió..., cuando ninguno la comprendía ni la disculpaba siquiera?

—Entonces—dijo sonriendo—con quien debo casarme es con Primo Cova, que me comprendió antes que usted. Hablando formalmente, no es desaire—añadió aproximándose y dejando á sus verdes ojos que, á falta de otro lenguaje más embriagador, irradiasen gratitud y puro cariño.—Aquí no caben *desaires*... Es—atiéndame, atiéndame, no se alborote—es que, ya lo sabe usted de antiguo... que no pienso ca-

sarme. ¿Usted creía que era por falta de novio? No; era que sencillamente deseo continuar soltera. No sé si variaré de opinión; lo que es hoy, pienso así. También le digo á usted que de casarme, no me casaré jamás... por *chiripa*.

—¿A qué llama usted casarse por *chiripa*, Feíta?

—A esto que ha pasado, Mauro; á que yo resuelva marcharme de mi casa, y usted lo sepa, y para evitar mi viaje y conjurar un conflicto y salvarme de peligros que usted imagina, se me ofrezca por esposo, y yo para asegurar mi porvenir lo acepte... Bien recordará usted que no entraba en mis planes *ir al ara*, ¿no se dice así? Pero en estas circunstancias, mucho menos. No; no es de este modo como debe casarse la gente... como debe casarse Feíta, si es que algún día se casa... que tampoco eso será obligatorio; digo, me parece á mí.

—Pero, niña—exclamé sintiéndome elocuente para defender el bien que ya juzgaba perdido—está usted en un error al suponer que yo me ofrezco á casarme con usted *por chiripa*. La estoy queriendo desde que la conocí; desde que andaba usted de corto: desde hace seis ó siete años... Sí, por lo menos. Esto es verdad, Feíta; sólo que yo no lo sabía. ¿No cree usted que esto puede suceder? Pues vaya si puede suceder, y si sucede. Mientras usted, lo que usted representa, el tipo que usted realiza, la clase de mujer que usted es... existía dentro de mi corazón y yo la soñaba como un ideal... como un ideal que ni uno mismo sabe definir, porque no encuentra en la

realidad nada con qué compararlo... yo me distraía acercándome á otras mujeres, y apenas las conocía, huía de ellas desencantado, aburrido. ¿No indica algo este síntoma? ¿No ve usted en mi terca soltería y en mis conatos amorosos y matrimoniales frustrados inmediatamente, la señal de que yo no encontraba á esa que podía ser *mi mujer*, mi mitad, no sólo ante la ley sino en espíritu? Vamos á ver, Feíta; cree usted sinceramente que sólo por caprichillo, por manía rara, ó por un egoísmo refinado y seco, me había yo propuesto permanecer toda la vida aislado como el árbol maldito, y que por antojo también era por lo que ataba y desataba amoríos y rompía lazos y curioseaba mujeres? Si usted creyese eso, no sería usted Feíta; no sería usted la personita inteligente, sagaz y razonadora. Si parezco un enigma, este enigma tiene solución, tiene clave. La clave es que al aproximarme á la mujer... me quedaba frío; iba hacia ella atraído por una ley que no es posible eludir sin sufrimiento, y al querer cumplirla, al ver de cerca á la que podía llegar á ser compañera de mi vida... entre ella y yo se alzaba algo inexplicable entonces para mí... algo...! y aquella llamarada repentina se apagaba, y yo apuntaba en mis memorias una desilusión más; un nuevo chasco del corazón. Engañándome á mí mismo, tal vez me creía enamorado; pero á los pocos días el convencimiento contrario surgía en mí, desconsolador é invencible, y padecía, no el dolor de perder á aquella novia, sino el de sentirme helado, incapaz de verdadera pasión...

Novias he tenido á docenas, y todo Marineda lo sabe; pero á ninguna hablé de bodas. Se lo juro á usted y puedo probárselo. Ahí tengo las cartas mías, que me han devuelto: puede usted leerlas, y verá si la engaño. Con usted, en cambio, lo primero que se me ocurre, casi por instinto, sin dar lugar á la reflexión, es una unión que dure toda la vida. ¡Ya lo oye usted, toda la vida! ¡Qué cosa tan seria! ¡Qué cadena, qué lazo! Pues á ese lazo presento la garganta; esa cadena deseo que me ate las manos... ¡Feíta, por Dios! ¡Sea usted buena! Préndame usted.

—Y qué—respondió ella con mucho tiento para no lastimarme, y á la vez con la resolución propia de su índole—¿para mí no es lazo, no es cadena? ¿Hay razón para que mi estado de ánimo sea el mismo que el de usted? Tengo veintidós años no cumplidos, he leído y estudiado con furia, pero desconozco el mundo; sólo aspiro á gozar de la libertad..., no para abusar de ella en cuestiones de amorucos... ¡que en ese terreno, bien libres andan en cualquier situación que ocupen las mujeres y los hombres!; sino para interpretarme, para ver de lo que soy capaz, para completar, en lo posible, mi educación, para atesorar experiencia, para... en fin, para ser algún tiempo y ¡quién sabe hasta cuándo!, alguien, una persona, un sér humano en el pleno goce de sí mismo.

—Feíta—exclamé volviendo á apoderarme de su mano, como si no pudiese resistir al deseo de apropiarme algo de aquella mujer indómita—: Feíta, no sabe usted lo que se dice. Con

todo el talentazo que Dios la ha dado á usted—sí, señora; con todo ese talento macho—la yerra usted de medio á medio; porque para acertar en esta cuestión, niña de mi alma, no basta el talento; se necesita también ese conocimiento de la vida real que usted no posee, y que aspira á conseguir. Usted lo conseguirá; pero, pobre criatura; ¡á costa de cuántas penas, de cuántos sufrimientos, de cuántos desengaños, de cuántas privaciones y humillaciones! La sociedad, al presente, es completamente refractaria á las ideas que inspiran los actos de usted. La mujer que pretenda emanciparse, como usted lo pretende, sólo encontrará en su camino piedras y abrojos que la ensangrienten los pies y la desgarran la ropa y el corazón. Yo, Feíta, no había reflexionado jamás sobre estas cosas hasta que usted empezó á conquistarme. ¡Sin duda estaba predispuesto, porque aquel huir de la *mujer* general, de la mujer según la han hecho nuestras costumbres y nuestras leyes, y esta atracción que usted ejerce sobre mí, indican que soy un prosélito... involuntario... porque al principio... lo confieso, Feíta... pequé, señor, pequé... me parecía... que era preciso encerrarla á usted en una casa de locos! En fin... he reflexionado... ó he sentido... ¡qué sé yo! á veces tanto da lo uno como lo otro... y aquí me tiene usted, Feíta, diciendo que la sobra á usted la razón... pero que la falta la oportunidad, el sentido práctico, el saber de qué lado sopla el aire... Todas las novedades que la bullen á usted en esa cabecita revolucionaria...

serán muy buenas en otros países de Europa ó del Nuevo Mundo; lo serán tal vez aquí, en 1980; lo que es ahora... ¡desdichada de usted si se obstina en ir contra la corriente!

—Soy joven—respondió Feíta—. Tengo mucho horizonte, y el tiempo no pasa en balde. Esperaré, daré ejemplo...

—Cuando las ideas no están maduras—repliqué esforzando el argumento, que parecía hacer alguna mella en la razón de la muchacha—los que la predicán son crucificados... ¡Y esto sería lo de menos!... Además son escarnecidos. Todavía no es lo peor la burla... Lo peor es cuando ni les crucifican, ni les escarnecen, pero les dejan pasar encogiéndose benignamente de hombros, como se hace con los maniáticos inofensivos. Eso, si no ocurre señalarles con el dedo á la vindicta pública, como se hace con los malvados y los criminales!... Ahí tiene usted lo que la espera, Feíta. No logrará usted ser útil á las otras mujeres; pero usted se prepara un porvenir bien amargo y bien cruel... Lo que la voy á decir es tan claro y tan cierto, que con su lealtad y su franqueza acostumbradas va usted á convenir conmigo en seguida. La sociedad actual no la reconocerá á usted esos derechos que usted cree tener. Sólo puede usted esperar justicia... ¿de quién? Nunca de la sociedad; de un individuo, sí. Ese individuo justo y superior será el hombre que la quiera á usted y la estime lo bastante para proclamar que es usted su igual en condición y en derecho. ¿Qué mas da, Feíta? Nuestro corazón

está formado de tal modo que parece inmenso en sus ansias, y, sin embargo, otro corazón puede bastarle, puede llenarle por completo. En la vida íntima, en la asociación constante del hogar, encontrará usted esa equidad que no existe en el mundo. Conténtese con eso, y habrá resuelto el problema de la dicha. Yo seré ese hombre racional y honrado, ese que no se creará *dueño* de usted, sino *hermano, compañero...*, y, qué diablos, *¡amante!* ¡Y ya verá usted cómo tampoco esto último escosa de despreciar! ¡Verá usted qué bien sabe *querer* su maridito...! Piénselo usted, niña mía..., loquita mía... La ofrezco á usted la libertad... dentro del deber... y con el amor de propina... Me parece que no hay motivo para que usted vuelva la cara. ¿Qué dice usted...?

—Que deseo recorrer la senda de abrojos, Mauro amigo—respondió conmovida á pesar suyo la muchacha—. Me llama, me tienta, me seduce—. Puede suceder que dentro de algunos años me duelan tanto los pies, que sueñe con el descanso y el apoyo que usted me brinda. Claro es que usted no me ha de estar aguardando quietecito y con los brazos abiertos. Usted es libre, tan libre como yo. ¡Más, porque yo debo á usted un gran agradecimiento por mil razones y por todo lo que acaba de decir..., y sería una ingrata antipática si no se lo pagase! ¡Y usted nada me debe..., al contrario..., me porto malamente con usted..., le suelto un *no...*, y si á otro poco me importaría..., á usted lo siento, lo siento... me da rabia!

El dolor que me causaba la repulsa de Feita,

y que en aquel instante se caracterizaba por una repentina desazón nerviosa, me impulsó á proferir esta frase agria y despechada:

—Puede que la libertad que no quiere usted perder por mí, la perdiese gustosa si se presentase... ese otro.

—¿Otro? ¿Quién?—interrogó ella—¡Ah!—exclamó de pronto—: ya adivino, ya entiendo la indirecta... ¿Por el compañero... cree usted que perdería yo mi libertad?

—Sospecho que de buena gana—respondí brutalmente—. Si el compañero fuese un señorito... Vamos, que he acertado.

—Como si tirase usted al blanco con los ojos vendados—respondió Feita, no sin muestras de enojo—. Y basta', basta ya de cháchara tonta. ¡Recojo estos treinta duros... que debo á usted... y le pagaré volando! Y no se ponga tristón, no, porque me vaya de Marinada. Es para bien de todos; es preciso, es indispensable. Aún tengo que aguardar una quincena, porque necesito completar el mes de lección en las casas donde enseño, y arreglar cosillas.

—¿Me escribirá usted? ¿O tampoco... quiere usted escribirme?

—¡Escribir! ¡Ya lo creo! ¿No le he dicho á usted que es usted mi mejor amigo? ¿A quién quiere usted que cuente mis esperanzas, mis batallas, mis triunfos, toda mi historia? ¡Ya verá usted cómo mis cartas no le aburren y cómo no me las devuelve después! Adiós, Pareja, adiós..., no quiero enternecerme; necesito ánimos... Gracias... perdóneme usted... ¡No, no me acompañe, ya sé la casa!

XXII

Al llegar á este punto de mi relato, ¡oh lector que me escuchas, y que, si eres de fina complexión moral, acaso te interesas por los lances de una historia donde hasta este momento nada ocurre de eso que la gente llama sucesos dramáticos!, comprendo que necesito introducir en mi relato una ligera variante, puramente formal. Después de que Feita me desahució, dejándome abatido y desesperado, de tal manera se precipitaron los acontecimientos importantes para los personajes que conoces ya, que si fuese á explicarte el modo, forma y ocasión en que me enteré de esos acontecimientos, y cómo llegué á conocer sus orígenes y móviles; si continuase, en fin, haciendo partir la narración de mi persona, tendría que emplear un tiempo incalculable y llevarte por caminos tan largos y enfadosos, que sin duda tu buena voluntad se agotaría y se rendiría tu valor. Opto, pues—ahora que estás informado del carácter é

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CARR. 1525 MONTERREY, MEXICO

inclinaciones de cuantos juegan en esta verídica narración—, por imitar á los novelistas, que no dan razón de cómo se las compusieron para averiguar los íntimos pensamientos y el secreto resorte de las acciones de sus héroes; y aunque pertenezcan los susodichos novelistas á la escuela llamada *del documento humano*, la verdad es que jamás nos presentan comprobantes y justificantes de sus profundas y sutiles observaciones (tal vez por no aburrirnos, en lo cual realizan la mayor obra de caridad que puede ejercerse en este pícaro mundo).

Digo, pues, para empezar á emplear mi nuevo método, que dos días después de mi coloquio con Feíta, á cosa de la diez de una preciosa y diáfana mañana de Abril, el compañero Sobrado, vestido de limpio, con chaqueta nueva, pañuelo de seda al cuello y camisa blanquísima, subió la escalera y llamó á la puerta de D. Baltasar, rogando al criado, con palabras compuestas y atentos modales, que le permitiese ver al señor. «Ya sé que está en casa»—insinuó dulcemente, sin alzar la voz ni insistir con exceso cuando el sirviente, que sin duda tenía su consigna, y consigna muy severa, se empeñaba en despedirle—. «Me choca que no le haya prevenido á usted, porque á mí me avisó anoche de que hoy á cualquier hora me recibiría». Ante esta afirmación terminante, hecha en tono tan suave y á la vez tan persuasivo, el criado empezó á titubear—. «Me es igual volver, porque tengo todo el día libre»—prosiguió con la misma moderación el socialista—; «pero de se-

guro que al señor le gusta más esta hora; después tendrá sus quehaceres, querrá pasear...» —Y como el criado aún manifestase dudas y tartamudease—«Voy á preguntar...»—el muchacho deslizó la mano hacia el chaleco—prenda que sólo usaba los domingos—y sacó entre los dedos algo que relucía y que puso en la palma del criado, medio abierta, y medio crispada para rechazar la moneda—. «Le estimo que me deje pasar ahora»—añadió reprimiendo con esmero la valentía, el tono casi metálico de su voz—. «Dios se lo pagará»—prosiguió demostrando una religiosidad edificante—. Y el fámulo, vencido, se hizo á un lado, le dejó paso, sin atreverse, así y todo, á anunciarle, pero cavilando entre sí:—«Al cabo, dicen que éste es hijo del señor».—El compañero avanzó, pisando quedo y respetuosamente, y susurrando bajito:—«No hace falta avisar que estoy aquí; el señor me espera.»

Baltasar Sobrado, al ver oscurecerse la luz de la ventana con el cuerpo del compañero, que había entrado á paso furtivo, no saltó, no gritó: la sorpresa y el temor le clavaron al ancho y cómodo diván, donde se reclinaba para leer sosegadamente su periódico favorito, mientras enrollaba las orejas del perrillo canelo. Quiso articular palabras, protestar, hacer un alarde de sangre fría; pero el compañero, con serenidad perfecta, quitándose la gorra y hasta inclinándose, le saludaba ya, sin aparentes asomos de intención hostil. La actitud del mozo devolvió cierta energía á Baltasar:—Vamos—



pensó—«en lo que yo me figuré que pararían todas estas misas; viene á suplicarme. Sablazo seguro.»—Y, levantándose, preguntó con esa frialdad característica de la bolsa medrosa que se encoge:—«¿Qué se le ofrece, *amigo*? Yo, á estas horas, no...»—Baltasar atajó las despachaderas, diciendo de la manera más cordial y afable:—«Ya sé que no quería usted recibirme. Dispense si le molesto, pero tenía que hablarle. Nos conviene á los dos charlar despacio... y por una vez sola: no recele que se ha de repetir esta importunidad.»—Nuevamente sintió Baltasar contraerse su bolsillo, pues conocía la estrategia de los pedigüños, que siempre afirman que solicitan auxilio sólo por una vez. Y, sin embargo, como el cascado libertino no carecía de penetración y comprendía que en aquel instante estaba á merced de su enemigo... de aquella sangre suya sentenciada á la miseria y predispuesta á la venganza—, resolvió pactar, y, sintiéndose generoso, calculó: «Nada, unos cien dureses, por lo corto, va á costarme la visita... A ver si al menos lo lanzo á Madrid, ó á Cuba, y me quedo libre de este tábano...»

Aunque entregado á sus reflexiones, ó desdeñoso con exceso, no se le había ocurrido á Baltasar ofrecer silla al tipógrafo, éste miró alrededor, divisó una excelente butaca, y sin prisa, con íntima y pueril satisfacción, se arrellanó y acomodó en ella, contorneando el torso para gozar mejor del blando asiento y del regalado respaldo. Parecía aquel modo de

sentarse una toma de posesión; tenía algo de abandonada y golosa caricia.—Tranquilo, serio, pero afable, volvió á dirigirse á D. Baltasar, diciendo:

—Doy á usted gracias porque al fin se digna escucharme. ¡Cuánto tiempo hace que le pido audiencia! ¡Como que es la vez primera que cruzo palabra con usted... que le miro cara á cara!—Y los ojos del mozo cayeron, ávidos y fríos, sobre el semblante del que había perdido á su madre engendrándole á él.

—Ya ve usted...—farfulló Baltasar, tragando saliva—cómo nadie le niega á usted lo que es justo... Sólo que anda uno siempre tan ocupado, tan envuelto en negocios... Mire usted, ahora mismo tengo ahí sobre la mesa infinidad de papeles, de cartas relativas á asuntos urgentes que aguardan despacho. Y si usted me hiciese el favor de... de concretar; vamos... de no extenderse mucho...

—En cinco minutos cabe lo que tenemos que arreglar usted y yo—insistió el tipógrafo, sin alzar en lo más mínimo el diapasón, antes poniendo sordina á su acento.—Entendámonos: con tal que usted no empiece á discutir y á divagar, ó me corte la conversación de repente, gritando ó llamando á sus criados para que me echen de la casa—. Sepa—apresuróse á advertir, al notar el respingo de D. Baltasar, que se sintió adivinado—que no intento ahora, ni siquiera por sueños, usar de violencia contra usted. No traigo armas de ninguna especie—añadió, desabrochándose muy despacio y volviendo

del revés, uno por uno, los bolsillos de su chaquetón.—Hay más. He renunciado en absoluto á todos mis proyectos relativos á la dinamita; y he renunciado, porque me convencí de que eran un absurdo, una estupidez y una atrocidad inútil. Le juro, por la vida de mi madre, que, en ese terreno, puede echarse á dormir. Como que me pesa de las cartas que escribí, y confieso que aquello fué dejarse llevar de un arrebató, sin mirar bien lo que procedía en justicia. No tiene usted, pues, por qué volverse de ese color de difunto. Lo que le cumple es oirme tranquilo, y echar sus cuentas.

—El mozo—pensó Baltasar, tratando de rehacerse—ha salido de punta. No desenredo esta madeja con los cien duros. Habrá que contar por miles de pesetas... ¿Qué haré? Tal vez —calculó— convenga darle cuerda, á ver si descubrimos todo el juego que se trae... No me faltan medios de atarle corto... y de librarle de su madre, y sobre todo de él, que es un grano, mejor dicho, un tumor maligno que me ha salido en la frente... ¡Hay que operarlo!... Entre un poco de *guano* y otro poco de buena voluntad en el amigo Mejía, malo será que...—Para que usted no diga—exclamó en alta voz—aquí me tiene dispuesto á escucharle. Puesto que sus intenciones son conciliadoras y pacíficas...

—Sí, señor; pacíficas... al menos en este instante—respondió el obrero—. Y abreviaré; hablaré telegráficamente... por darle á usted gusto y no ser menos... complaciente... que usted. En antecedentes está usted lo mismo..., es decir,

mejor que yo. ¡Quién conocerá como usted lo pasado, la historia de mi madre, la palabra de casamiento que le dió usted para engañarla, mi nacimiento y mi niñez, y la miseria que he pasado y cuanto he sufrido! —exclamó en tono, no agresivo, sino melancólico, como el de quien evoca penosos recuerdos.

—Sobre eso —tartamudeó cohibido Baltasar—, sobre eso... habría mucho que objetar... Cada cual interpreta á su modo las cosas... y las apreciaciones... no bastan...

—No, si no vengo aquí á discutir, ni á instruir sumaria sobre hechos ya muy antiguos... Tan no vengo á discutir, que si usted jura y perjura que no hubo nada de *aquello*... y que yo... soy hijo de... de quien usted guste: ¡de un picador de la Fábrica ó de un zapatero remendón! amén le digo. Son asuntos que cada uno los arregla con su conciencia. Usted sabe... lo que sabe. Con saber yo lo que sé... me basta para hacer lo que he resuelto.

Es difícil describir la entonación con que el mozo pronunció estas últimas palabras. La calma, la intensidad de su voz eran más terribles que cien gritos descompasados, porque los gritos son la válvula por donde se escapa la energía, y el que vocifera se enerva para la acción. Baltasar sintió todo el vigor de las palabras del tipógrafo, y á la luz del día, que entraba por el alta ventana, al través de ricos cortinajes, notó en la cara de su hijo, á la vez que extraordinaria semejanza con la madre, cuya imagen física evocaba entonces vivamente, esas huellas

como de garra de acero que señala en el rostro humano una resolución suprema. El tipógrafo estaba pálido, y sus ojos ardían, bajo el negro ceño de dos cejas reunidas sobre la correcta y palpitante nariz, cuyas alas dilataba y contraía maquinalmente la anhelosa respiración.

— Con saber lo que sé — repitió el *compañero* —, me ha bastado para vivir como he vivido, para querer ilustrarme un poco, y para resolver que, si las leyes y la sociedad y hasta la naturaleza nos han desamparado á mi madre y á mí, mi voluntad y mi arranque nos ampararían. He decidido... quieto, no se asuste, no se levante, señor de Sobrado, que repito que no trato de hacerle ahora mal ninguno... he decidido que, en el plazo improrrogable de tres días, contados desde este de hoy, á las doce de la mañana — se casará usted con mi madre, públicamente, legitimándome á mí al mismo tiempo.

Baltasar, aturdido, guardó silencio al pronto. Aquello no era el petitorio, el *sablazo* filial que temía. Era el todo por el todo, la voladura del polvorín, la quema de las naves... á no ser que fuese hábil táctica, pedir la luna, para obtener una porrada de dinero, miles de duros... Esta hipótesis tranquilizó á Baltasar, prestándole cierta dosis de sangre fría. En el cajón del escritorio de Sobrado reposaba un recio mazo de crujientes billetes del Banco de España, y aquellos queridos papelillos le infundían la misma seguridad que al general le infunden sus soldados y sus cañones. Era cuestión de cuartos, y

si los cuartos le dolían á Baltasar mucho, más le dolían su bienestar y su vida, una vida en la cual aún solían brotar flores como Rosa Neira (á quien por cierto esperaba á la hora de medio día, si no engañaba la banderita de señales...)

— Vamos — respondió empleando el tono descendiente y afable con que se habla á las personas exaltadas, á los dementes — vamos, *amigo*, usted mismo conoce que eso que pide es otro absurdo como el de la dinamita... Crea que mi mayor deseo es complacerle y servirle, y una vez que nos hemos visto y hablado, y simpatizado, sentiría que saliese descontento... Yo también tengo que hacerle proposiciones ventajosas para su porvenir... Pero ante todo, seréne se, reflexione...

— Le escucharía á usted el rato que gustase, por no faltarle al respeto, si dispusiéramos de tiempo — interrumpió el mozo —; pero falta, y es lástima derrocharlo en palabras ociosas. Al negocio, y cuanto más pronto mejor. Me va usted á ofrecer protección, dinero ó cosa que lo valga. No se moleste. Nada de eso admitiré. Aunque tuviese hambre, como á veces la tuve, no recibiría de usted limosna —. Si usted no acepta mi proposición... bueno: quiere decir que, para los dos, se ha concluido la farsa de este mundo —. No le pondré á usted dinamita; se lo repito, señor: podría saltar yo primero, ó hacer saltar, sin querer á algún inocente, y que usted se quedase riendo, sano y salvo. Pero tan cierto como que su hijo de usted soy... le mata-

ré, y me mataré en seguida—. En esta lucha desigual que hemos sostenido tantos años, sólo hay una circunstancia que al fin nos iguala, ó mejor dicho, que me da la ventaja á mí. Y es que yo tengo desde que nací una vida perra, que no vale dos cominos, y que estimaría perder... y usted una vida gustosa y feliz, que debe de importarle. ¿No le importa?... Bien, pues estamos á juego. ¿Le importa? Pues triunfo. Usted es más fuerte, al parecer, pero yo tengo prenda... y la prenda es su vida de usted. A mí nada me arredra. Me he echado el alma atrás, y aunque fuese usted cien veces mi padre, como ha renegado siempre de mí, no hay cariño que me impida ajustarle su cuenta al céntimo. Lo que reclamo es justo; el crimen de usted no tiene juez en los tribunales de los hombres: me declaró su juez y su verdugo; y si no repara el daño que hizo, le impongo tranquilamente la última pena...—Sin indulto, ¿entiende?—Puede que piense usted que esta sentencia no se cumplirá, y que yo soy un farsante á quien le faltarán hígados para tomarse la justicia por la mano. Crea lo que guste, y proceda como quiera. Todo eso entra en la suerte. Si resuelve usted arrosar las consecuencias de decirme que *no*, me será usted algo simpático; me probará que no teme á esa fea de la guadaña... que al fin y al cabo nos ha de atrapar á todos, proletarios y burgueses, ricos y pobres. ¡Ah! Le aviso de dos cosas: primera: que si intenta usted hacer que me prendan ó abuse usted de las cartas en que le amenazaba para ponerme á las sombra, en-

tenderé desde luego que no acepta usted el trato, y... y haré inmediatamente ó cuando pueda, si no puedo al plazo fijado... lo que debo. Segunda: que si procura usted fugarse de Marinada... también comprenderé que no estamos conformes... y claro; haré con usted lo que hace la Guardia civil con los presos que quieren evadirse. Desde este momento, vigilo. Nadie me puede impedir vigilar. Es usted mi prisionero. Tiene usted por cárcel la ciudad de Marinada. Y repito... que, en usted, será más digno el no hacerme caso, considerarme un loco, y tenerse las tiesas conmigo! Yo, en el pellejo de usted... firme, firme: negativa, resistencia—. ¡Hasta pronto... padre!

